

Héroes sin causa
FRANCISCO SEGOVIA

Hace poco apareció un artículo sobre seis generales de la Guerra Civil española que el autor consideraba heroicos: tres eran republicanos y tres franquistas. Al principio me sorprendió ver que todos estuviesen puestos en un mismo saco —sin atender posiciones ni credos—, como si el heroísmo estuviese por encima de las causas, pero luego comprendí que mi sorpresa tenía más que ver con un sesgo ideológico (y hasta sentimental) que con los actos de esos mismos generales.

No es difícil comprender en qué sentido decía el autor del artículo que los seis hombres eran heroicos, pues cada uno de ellos llevó a cabo un acto indudablemente humanitario. Con esto quiero decir que ninguno de los bandos en conflicto se hubiese atrevido a menospreciar aquellos actos, viniesen de donde viniesen. En realidad no es raro que los miembros de un bando celebren a quienes salvaran la vida de un compañero, pero a veces aprecian también a quienes han corrido algún riesgo por salvar a un enemigo. Al hacerlo reconocen en la vida misma una importancia superior a la que tienen las circunstancias de su propia lucha. Esto no significa, por supuesto, que coloquen fatalmente a la vida por encima de sus principios, pues quien salva a un enemigo no está obligado, por el solo hecho de hacerlo, a abandonar sus propias creencias y abrazar las de sus contrarios. No, no es que coloquen a la vida por encima de sus principios sino que la colocan, al menos por un instante, por encima de la circunstancia en que los defienden.

Hay en esto algo que no puedo sino llamar trágico, pues implica que, para ser heroico, el héroe debe dejar bando y religión y actuar en soledad. Así, en el momento preciso de actuar, el héroe no está ni siquiera acompañado por la persona a quien salva. (La novela de caballerías subrayaba esto presentando al héroe como un ser distante del mundo, errante o iluminado; el cine lo hace poniendo a gritar desafortadamente a la princesa mientras la salva el héroe).

Lo extraño del caso, sin embargo, es que el héroe se distingue del resto de los hombres porque reconoce en sus actos la comunidad de los hombres, de la que se siente parte. Así, el rasgo trágico que para los mortales comunes señala al héroe, para él iguala a la humanidad entera. Por eso el artículo sobre la Guerra Civil española podía sostener que los seis generales eran heroicos, a pesar de ser enemigos mortales, en el mismo sentido (aunque se cuidaba mucho de hacer explícito en cuál).

Esta manera de ver al héroe no hace necesariamente tabla rasa de las causas, como hemos visto, pero defiende que una causa no basta para hacer un héroe. Que un bando reconozca a un héroe entre sus enemigos (como es común en la Iliada) significa, por principio de cuentas, que ni la victoria ni la derrota sirven para caracterizarlo. No es difícil extraer de ello una consecuencia importante: contra lo que declara la propaganda, no existen las causas heroicas, sino sólo los héroes.

El aura de fatalidad que rodea a los héroes proviene de que sólo es heroico quien hace a ciegas lo que humanamente debe hacer (sea esto lo que sea), y no quien quiere hacerlo ni

quien lo hace a sabiendas. En este sentido no hay nada más alejado de un héroe que un mártir.

Un mártir hace lo que debe y da por ello la vida, pero tiene una causa que defender y reconoce una verdad trascendente. A los héroes verdaderos jamás se les revelan estas verdades, lo cual contribuya tal vez a explicar porqué en nuestra cultura tienen cierto aire de ingenuidad y son casi todos paganos.

Asimilar la ceguera con que actúan los héroes al "instinto" o al "furor" de la raza superior, del guerrero máximo, equivale a convertir en causa el heroísmo. Eso es justamente lo que hace la propaganda: echa mano de la ceguera del héroe para promover la ceguera masiva. Pero, como hemos visto, el heroísmo no puede en ningún caso ser masivo y, sobre todo, no puede convertirse en un proyecto. Por eso siempre resulta un poco ridículo querer ser un héroe.